

darle un momento para otras atenciones, veíase obligado á leer su correspondencia en el carruaje. Su caja parecía inagotable. Era accionista de todas las sociedades, construía sin descanso, se inmiscuía en todos los negocios sin realzar uno solo limpio ni embolsarse una sola cantidad legalmente.

Aquella oleada de oro sin procedencia conocida, que parecía brotar de su despacho, convirtióle por un momento en un gran hombre, á quien los periódicos elogiaban.

Renata podía decirse que no estaba casada, teniendo semejante marido. Transcurrían semanas enteras casi sin verle, pero Saccard tenía siempre abierta su caja para ella, y en el fondo, le amaba como á un banquero agradable. Hacía grandes elogios de él delante de su padre, á quien la fortuna de su yerno le inspiraba frío y severidad. El desprecio de ella habíase desvanecido, pues era evidente que aquel hombre solo había nacido para fabricar moneda con todo lo que pasaba por sus manos, mujeres, piedras, sacos de yeso ó conciencias, y Renata no le podía reprochar que hubiese empezado por comerciar con su matrimonio.

Renata fué para él los cimientos de su fortuna y deseaba verla bien puesta, fastuosa y admirando á París entero, pues todo aquel boato le daba

posición y duplicaba la cifra probable de su capital. Mostrábase con su mujer agradable y cariñoso siendo para él una asociada inconsciente. A veces, la enviaba á casa de algún personaje para buscar alguna respuesta ó conseguir alguna autorización, y cuando ella volvía después de lograr lo que deseaba, frotábase Saccard las manos repitiendo: «¿Has tenido juicio?» lo que hacía reír á Renata maliciosamente. No era porque Aristides deseara tener en su mujer una Michelin, pero le gustaban las bromas escabrosas. De todas maneras, si Renata no «hubiese tenido juicio» no habría experimentado su esposo más que el despecho de haber pagado realmente la gracia del personaje.

Su placer favorito era dar á las gentes menos de lo que recibía y frecuentemente decía: «Si fuese mujer, tal vez me vendiera, pero no sería tan necio que entregase la mercancía».

Renata que se mostró una noche en el cielo parisién como el hada extraña de todas las voluptuosidades, era muy difícil de analizar. Educada en un convento, embotado el deseo por alguna otra satisfacción nerviosa, mortificábala y la enloquecía sin embargo á cada instante. Era reflexivamente burguesa, y tenía una enorme cantidad de preocupaciones, pareciéndose en esto á su padre, á aquella raza prudente y serena en la que

floreciendo las virtudes del hogar, crecían á pesar de todo en su naturaleza maravillosas fantasías.

Mientras permaneció entre las señoras de la Visitación, su espíritu, vagando libremente entre las místicas voluptuosidades de la capilla y las carnales amistades de sus compañeras, habíase educado fantásticamente, aprendiendo el vicio y mezclando á él de un modo extremo la franca condición de su naturaleza, hasta el punto de sorprender á su confesor, al revelarle que cierto día, durante la misa, había sentido el brutal deseo de levantarse y darle un beso. Luego se daba golpes de pecho y temblaba ante la idea del diablo y de sus calderas. Más tarde, aquella violación de que fué víctima, y sufrió espantada, la hizo desprenderse á sí misma, é influyó mucho en el abandono de toda su vida. Pensó que tenía que luchar con el mal que residía en ella y este pensamiento era más bien una curiosidad que un apetito.

Charlaba sin dificultad, siendo, en los extraordinarios casos de tierna amistad de Susana y Adelina, de los besos á precio fijo de la condesa Vanska, pero miraba todo esto como una cosa que ella disfrutaría tal vez. No la habían corrompido sus primeros amantes y por tres veces se había creído víctima de una pasión profunda, estallando su amor como un petardo cuyas chispas no llegaban á su corazón.

Aquellas locuras duraban un mes, enseñaba á su amante por todo París, y luego, una mañana cualquiera lo olvidaba todo.

Su primer amante el Duque de Rosán, un joven, fué un rayo de sol pasajero; habiéndola cautivado su dulzura y aire distinguido, le encontró al tratarle íntimamente insulso y vano.

Siguió después Mister Simprón, agregado á la embajada americana que llegó á zurrarla, y gracias á esto le soportó casi un año.

Tomó después al Conde de Chibray, ayudante de campo del Emperador, muy vanidoso y apuesto y que empezaba ya á aburrirle, cuando se le antojó enamorarse de él á la duquesa de Sternich que se le quitó. Renata lloró y quiso hacer creer á sus amigas que su corazón estaba destrozado y no volvería á amar más.

Entonces llegaba el señor de Mussy, un ser insignificante, que hacía su carrera diplomática dirigiendo cotillones y á quien tuvo largo tiempo, siempre disgustada y llena de hastío, esperando algo imprevisto que la obligase á variar.

Y así, á los veintiocho años estaba horriblemente cansada; sufría jaquecas espantosas, se cerraban sus salones y cuando volvía á abrirlos era para dar paso á un montón de sedas y encajes que cubrían una criatura lujosa y alegre, sin una pena en el corazón ni un rubor en la frente.

Cierta aventura de novela alteró, sin embargo, la monotonía de su vida galante. Un día, á la hora del crepúsculo, y saliendo á pie en dirección á la casa de su padre, á quien disgustaba el ruido de coches en su puerta, notó que la seguía un joven. Hacía calor y el día se extinguía con amorosa dulzura. Acostumbra la á que no la siguiesen más que á caballo en las avenidas del Bosque, halló singular la aventura y se envaneció cual si recibiese un nuevo homenaje, algo brutal, pero cuya grosería misma lo hacía excitante. En vez de continuar su camino, tomó la calle del temple, haciendo pasear á su galán á lo largo de los bulevares. Animado el hombre, se hizo de tal modo insinuante, que Renata algo confusa siguió hacia la calle del Faubourg Poissonniere, y se refugió en la tienda de la hermana de su marido.

Su perseguidor entró decidido tras ella. La señora Sidonia, creyendo comprender la situación, sonrió y los dejó solos. Quiso seguirla Renata, pero el desconocido la habló con tal emoción y galantería que le perdonó su atrevimiento. Era este sujeto un empleado que se llamaba Jorge, á quien jamás Renata preguntó su apellido.

Se vieron dos veces; ella entraba por el almacén y él por la calle Papillon. En aquel amor encontró uno de sus más vivos placeres, y siempre

pensó en él con alguna vergüenza, pero con singular sonrisa de placer.

Así la señora Sidonia, debido á la casualidad, pudo ser, por fin, cómplice de la segunda mujer de su hermano, papel que ambicionaba desde el día que éste se casó.

La pobre Sidonia había sufrido una decepción. Sin perjuicio de manipular el matrimonio, esperaba en parte casarse también con Renata, es decir, hacer de ella una de sus clientes y obtener por tal concepto multitud de beneficios.

Conocía á las mujeres á la primera ojeada, igual que los chalanos inteligentes conocen á los caballos. Fué grande, por consiguiente, su consternación, cuando pasado un mes, comprendió que llegaba tarde al reparar en la señora de Lauwerens repantigada en medio del salón. Era ésta una hermosa mujer de veintiseis años, cuyo oficio era dar á conocer á las recién casadas. Pertenece á una familia antigua y estaba casada con un individuo de la alta banca, que tenía el mal gusto de no pagar las cuentas de la modista de su mujer, por cuya razón, ésta, que era muy inteligente, procuraba proveerse de lo necesario.

Odiaba, según decía, á los hombres, pero abastecía de ellos á todas sus amigas, y siempre tenía un sinnúmero de parroquianas en la habitación que ocupaba en la calle de Provence, enfrente de

las oficinas de su marido. Daba reuniones, y allí se verificaban las entrevistas preparadas, sin que tuviera nada de particular que una joven fuese á ver á su amiga la señora Lauwerens, y que allí se encontrase casualmente con algún caballero de la buena sociedad.

Por lo demás, la señora de la casa estaba encantadora, y muchas veces los visitantes la hubieran preferido á las demás, pero la maledicencia no se cebaba en ella. Precisamente en esto estribaba todo el secreto, teniendo á los hombres como buenos amigos, siendo ella una mujer honrada y gozando el placer de que otras mujeres cayesen para su provecho.

Sidonia, cuando se enteró de aquella preciosa combinación, sintió profundo despecho, pues comprendió que ella representaba el antiguo sistema y se hallaba enfrente de otro más moderno y refinado. Triunfó esta escuela y la señora de Lauwerens miraba desdeñosamente á Sidonia, en la que vió una rival. La escuela clásica, no entró en acción, hasta que el azar no llevó á Renata á la tienda de la zurzidora de voluntades, siendo desde entonces la corredora su confidente.

Uno de los clientes más asiduos de ésta, fué su sobrino Máximo, quien desde los primeros años iba á enredar á su casa, llegando, más tarde, á prestarle las llaves de su habitación, «por si tenía

que recibir á algún amigo que no fuera del agrado de su padre».

En aquel cuarto de Sidonia pasó muchos ratos con la pobre camarera, que hubieron de enviar después al pueblo. Sidonia, que apreciaba mucho al chico, le prestaba dinero y le llenaba de solícitos cuidados y atenciones.

Máximo era ya un hombrecito, delgado y lindo, que había conservado su carilla sonrosada y los ojos azules de niño. Parecíase á la pobre Angela, su mirada era dulce también y sus cabellos rubios rizados como los de ella, pero no valía, á pesar de todo, lo que aquella mujer nula é indolente.

La sangre de los Rougon se afinaba en él, haciéndole delicado y vicioso. Hijo de una madre demasiado joven, manchado con los furiosos apetitos del padre y la molicie de la madre, era un producto deforme en quien todos los defectos de sus progenitores se completaban, extraño hermafrodita nacido á su tiempo en una sociedad podrida.

Cuando iba al Bosque con el talle ceñido, bailando suavemente sobre el caballo que le mecía á un ligero galope, era el dios de la edad presente, con su cara enfermiza y picaresca, su irreprochable elegancia y su argot de escenario. Llegado á los veinte años, indudablemente había ya soñado

todas las suciedades y el vicio en él era corriente como una eflorescencia natural de su temperamento y su educación.

Pero lo más característico en él, eran los ojos; ojos claros y sonrientes de mujer pública, que no se bajan nunca, en acecho siempre del placer que se busca sin fatiga.

Todas estas cualidades aumentaban en el joven á medida que Saccard se enriquecía y que Renata se hundía en el torbellino de su galante vida, y aquellos tres seres acabaron por conquistar una existencia maravillosa de locura y libertad, que era como el fruto mágico de toda una época. Eran como tres camaradas, tres estudiantes, que compartiendo el mismo alojamiento, no hubieran usado de su libertad para otra cosa, que para instalar en él sus amores y sus ruidosas fiestas. Saludábanse con amistosos apretones de manos, sin preocuparse de la causa que en un momento dado les reunía bajo el mismo techo.

El sentimiento del hogar habíanle reemplazado por una especie de comandita en que los beneficios eran repartidos por lotes iguales; cada cual retiraba su parte de goce, habiendo convenido tácitamente en que ninguno se ocuparía del empleo que de él hiciese, llegando hasta á relatarse sus placeres y hacer alarde de ellos del modo más natural del mundo.

Así, Máximo, convirtiéndose en el mentor de Renata, y cuando iba con ella al Bosque, contábala historias de muchachas que la hacían reír á carcajadas. Conocía las intimidades de las señoras, y era un verdadero catálogo de todas las muchachas de París. En Longchamps, los días de carreras, escuchaba Renata con placer cómo Blanca Muller engañaba con su peluquero á un agregado de Embajada, ó cómo el Baroncito había encontrado al Conde en calzoncillos, en la alcoba de una hermosura muy delgada, de cabellos rojos, á la que apodaban «el cangrejo».

Tenía Máximo una colección de fotografías de aquellas damas, y llevaba retratos en los bolsillos de actrices y bailarinas, que iban á parar á su álbum, donde se veían también los de actores, escritores y diputados. Este álbum era objeto de largas conversaciones los días lluviosos y de *spleen*.

Entablábanse grandes discusiones sobre los ojos de la de Lauwerens, los cabellos de la «Cangrejo», la garganta de Blanca Muller, la nariz algo torcida de la marquesa, ó la boca de Silvia, célebre por sus gruesos labios, comparando á unas mujeres con las otras.

—Si yo fuera hombre,—decía Renata,—escogería á Adelina.

—¡Pues mira que Silvia!—contestaba Máximo.

Hojeando el álbum, aparecía á veces el duque de Rozán, Simpson, ó el conde de Chibray, y Máximo añadía bromeando:

— ¡Oh! tienes un gusto deplorable... ¡Habrá nada más tonto que la cara de estos caballeros! Rozán y Chibray tienen todo el arte de Gustavo, mi peluquero.

Renata arrugaba los labios como diciendo que la tenía sin cuidado, y continuaba absorta ante aquellas fisonomías que contenía el álbum, estudiando minuciosamente los retratos de las mujeres, y reparando en los más pequeños detalles. Un día llegó hasta pedir un lente, porque creía ver un pelo en la nariz de la «Cangrejo». Efectivamente, en medio de la nariz se percibía un pelillo desprendido de las cejas, y aquello les sirvió de diversión por mucho tiempo, haciendo que lo notasen las señoras que visitaban á Renata.

Con aquel lente pudieron escudriñar los demás retratos, y Renata hizo grandes descubrimientos, halló arrugas ignoradas, culis ásperos, hoyuelos mal cubiertos por los polvos de arroz, concluyendo Máximo por ocultar el lente, diciendo que le quitaba la ilusión.

Y la verdad era, que Renata sometía á un examen demasiado riguroso los gruesos labios de Silvia, hacia quien Máximo sentía especial inclinación. Idearon un juego muy divertido, planteando

la siguiente pregunta: «¿Con quién me acostaría de buena gana esta noche?» Y abrían el álbum que estaba lleno de respuestas, dando lugar á combinaciones muy chuscás.

También las amigas gozaron de esta diversión durante muchas noches, viéndose Renata de aquel modo, y sucesivamente casada con el arzobispo de Paris, con Gourand y con el señor de Chibray, lo que hizo reir mucho á todos, incluso á su marido, lo cual, la molestó. A Máximo, sea por casualidad ó por malicia, siempre que abría el álbum le salía la marquesa. Pero lo más divertido era cuando la suerte unía á dos hombres ó á dos mujeres.

La amistad de Máximo con su madrastra llegó hasta el extremo de contarle la joven sus penas amorosas, consolándola él y dándole consejos. Más tarde, llegaron á hacerse recíprocas confidencias, como si Saccard no existiera para ellos. En sus paseos por el Bosque sentían necesidad de comunicarse difíciles secretos con la alegría de los niños que se cuentan cosas al oído. Gozaban con esto voluptuosamente, como buenos camaradas que recuerdan sus primeras aventuras convirtiéndose en fanfarrones de sus malas costumbres.

Renata le confesaba que en el colegio eran muy licenciosas sus compañeras, y Máximo, exageran-

do, atreviéndose á contar algunas indecencias del colegio de Plassans.

Tenía el joven una colección demasiado rica de anécdotas para que se quedara atrás, y Renata, cantándole al oído *couplets* picantes, sumergíanse en un estado de beatitud particular, aguijoneados por ciertos deseos inexpresables.

Rodaba el coche suavemente y regresaban á casa con un cansancio delicioso, más lánguidos que á la mañana siguiente de una noche de amor.

Mayor familiaridad reinaba aun entre el hijo y el padre. Este había comprendido que á un gran hacendista debían gustarle las mujeres, y que debía hacer alguna locura por ellas. Pero su amor era brutal, y aunque prefería el dinero, gustábale recorrer las alcobas, sembrar de billetes ciertas chimeneas, y poner de vez en cuando alguna mujer de moda, como muestra dorada de sus negocios. Con frecuencia el padre y el hijo se encontraban en la casa de las mismas mujeres, ó cuando el joven comía en la *Maison d'Or*, formando parte de alguna reunión alegre, oía la voz de Saccard en un gabinete contiguo.

—Papá está aquí al lado,—exclamaba con el gesto que aprendía de los actores de moda.

Y se dirigía á la puerta del cuarto para curiosar.

—¡Ah! ¿eres tú?—decía Aristides alegremente.

—Entra, hombre. Vaya una algazara que estáis moviendo. ¿Con quién estás?

—Con Laura de Auvigny, Silvia, la «Cangrejo» y un par más. Están deliciosas, meten las manos en los platos y se tiran la ensalada á la cara. Mira como me han puesto la levita.

—¡Ah! ¡la juventud! No sois como nosotros, ¿verdad, gatita mía? Nosotros hemos comido tranquilamente, y ahora vamos á arrullarnos.

—¡Hola Máximo!—exclamaba la mujer.—Ya no se te ve. Mañana temprano estaré en casa... tengo que decirte una cosa.

Saccard añadía, dulcemente:

—¡Oh! si os molesto, ahora me iré. Ya llamaréis cuando se pueda entrar.

Luego se llevaba á la dama, ó iba á reunirse con todos en el gabinete inmediato. Máximo y él compartían los mismos hombros, sus manos se encontraban alrededor de los mismos talles, y se contaban en voz alta las confidencias que las mujeres les hacían al oído.

En Mabilie especialmente, eran muy conocidos. Comían y bebían juntos, en compañía de las muchachas, y hasta media noche se les veía cogidos del brazo persiguiendo faldas, bajo la viva luz del gas á lo largo de las sombrías avenidas.

El abandono y la molicie con que el padre daba la mano al hijo, cuando dejaban aquel lugar, bas-